

BALANCE INCONCLUSO

A PROPÓSITO DE *LOS CASOS PARTICULARES*, DE SANTIAGO SYLVESTER

Enzo Cárcano*

Santiago Sylvester (2014). *Los casos particulares*. Buenos Aires: Del Dock. Pez náufrago, 63. ISBN 978-987-559-257-5.

Aunque, por el carácter perfectivo del primer elemento y el imperfectivo del segundo, la expresión podría parecer contradictoria, *Los casos particulares*, de Santiago Sylvester, da la impresión de un balance inconcluso: una voz lírica dice el mundo y su movimiento perpetuo con el aplomo del que ha vivido y sabe, por este engañosamente sencillo hecho, que todo es tránsito. Pero este devenir no comporta un menoscabo, sino, muy por el contrario, amén de una certeza, una posibilidad. Y es que, como reza «(*elogio del tiempo que pasa*)»,

Lo mejor que tenemos es que el tiempo pase: desde la infancia
hasta la desaparición,
sabiendo que el viaje tiene cada vez más riesgos;
sólo así podemos gozar del espectáculo... (vv. 9-12, p. 69).

Nacido en la ciudad de Salta, en 1942, Santiago Sylvester es uno de los nombres más reconocidos del panorama poético argentino actual. Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires, de donde se graduó en 1970, año para el que ya había publicado sus dos primeros libros de poesía: *En estos días* (1963) y *El aire y su camino* (1966). A estos, les seguirían casi una veintena de títulos: *Esa frágil corona* (1971), *Palabra intencional* (1974), *La realidad provisoria* (1977), *Libro de viaje* (1982), *Perro de laboratorio* (1986, reeditado en 2008), *Entreacto* (1990), *Escenarios* (1993), *Café Bretaña* (1994, con una edición bilingüe español-francés en 2014), *Antología poética* (Fondo Nacional de las Ar-

* Becario doctoral del CONICET. Máster en lengua española y literaturas hispánicas por la Universidad de Barcelona. Profesor e investigador en la Universidad del Salvador. Correo electrónico: enzo.carcano@usal.edu.ar.

Gamma, XXVII, 57(2016), pp. 180-183.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161

tes, 1996), *Número impar* (1998), *El punto más lejano* (1999, reeditado en 2011), *Calles* (2004), *El reloj biológico* (2007), *La palabra y* (2010) y *Perro de laboratorio seguido de Libro de viaje* (2013). También ha publicado el libro de cuentos *La prima carnal* (1987) y las colecciones de ensayos *Oficio de lector* (2003) y *La identidad como problema. Sobre la cultura del Norte* (2012). Preparó las antologías *El gozante*, de Manuel J. Castilla (2009), y *Anuarios del tiempo*, de Néstor Groppa (2012), y, para el Fondo Nacional de las Artes, *Poesía del Noroeste Argentino. Siglo XX* (2003) y *Poesía Joven del Noroeste Argentino* (2008). Tuvo a su cargo las ediciones críticas de *La tierra natal. Lo íntimo*, de Juana Manuela Gorriti (1998), y *En tierras de Magú Pelá*, de Federico Gauffin (2009). Por su labor literaria, recibió, entre otros, el Premio Fondo Nacional de las Artes (1966 y 1977), el Premio Dirección de Cultura de Salta (1970), el Premio Sixto Pondal Ríos (1977), el Premio Jaime Gil de Biedma (1993), el Gran Premio Internacional Jorge Luis Borges (1999) y el Premio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires (2008).

Los casos particulares es un libro vertebrado por el tiempo, sus avatares y sus formas. Pero no de cualquier modo, sino desde una perspectiva muy particular que marca la mirada del hablante lírico y le da su tono. Esta visión, encarnada ya en el título, está representada en los dos epígrafes del libro, ambos de Amelia Biagioni —«Es difícil reunir a un hombre: / faltan piezas irremplazables» y «Quieto un perfil, veloz el otro»—, y en el primer poema, que comparte con este su nombre:

Me gusta el merodeo empírico
para estar donde estoy: el mundo en estado de opinión.
Yo no veo cosas en sí mismas sino en vínculo: ninguna nos
dice
que no podemos vivir sin ella; sin embargo
están en nuestras inmediaciones, imprescindibles como la
mano diestra.
No me gusta la naturaleza mitificada: la prefiero como es,
con ejemplos para todo:
mucho respeto entonces
por la cantidad continua de casos particulares
que son todos
y nos rodean (vv. 15-27, pp. 9-10).

Esta pieza sirve de umbral a una serie de poemas en los que el hablante lírico destaca continuamente el valor del fragmento, de las partes del todo («*disposición de los mapas*»), («*peripezia del cuerpo*»), («*el bosón de Higgs*»), entre otros), aunque este nunca esté completo, como ese Aconcagua al que «... le hace falta un Aconcagua» («*noticia de Gastón Baquero*»), v. 8, p. 23). Y es que «... hay una lección involuntaria: nada está completo, / y conviene / que algo no llegue aunque estaba prometido» («*noticia de*

Gastón Baquero», vv. 13-15, p. 23). Esa incompletitud responde al devenir del que nada escapa; todo es cambio y dinamismo —como ese río, «... puro presente / que se va y sigue yéndose» («*el recuento*»), vv. 8-9, p. 48)—, y en eso consisten nuestras oportunidades: «Que el mundo rueda, entonces, y nosotros en él: / con máscaras sucesivas y contradictorias que por eso mismo / serán verdaderas en algún momento / y en algún lugar» («*instrucciones para salir con elegancia de un golpe bien dado*»), vv. 17-20, p. 31). Y si bien nada sobrevivirá al tiempo («Ahora ya sabemos que la humanidad tiene los días contados: / unos cuantos milenios / y estos parajes terminarán sin nosotros...» [*con los días contados*]), vv. 1-3, p. 47]), hay algo que resiste, aunque imperfectamente, las brechas, las distancias: la palabra. Sin saberlo, ese vecino que, «Aun sin fijeza, usa palabras que hacen valer su poder» («*mi vecino*»), v. 8, p. 63), resiste la pérdida con esas «... señales de la / procedencia / o camino hacia el origen...» («*en todo poema debe notarse que Homero existió*» conversación en casa de Gonzalo Rojas), vv. 2-4, p. 24); como las formas artísticas, que son milagrosas por ser encrucijadas en las que «el que no está / conversa con el que está» («*si no hay encrucijada, no hay milagro*»), vv. 20-21, p. 27).

A veces «buenos ejemplos a seguir», a veces «irritantes» («*ejemplos*»), las palabras se congregan en la conversación, «... abundancia que se / acerca y se aleja» («*palabras*»), vv. 21-22, p. 56), probablemente, el elemento más ponderado, como refleja el penúltimo poema, («*¿hablando solo?*»), dedicado al poeta Javier Adúriz (1948-2011):

En lo mejor de la charla,
vienes a decirme que se ha ido: a dónde se va a ir
con lo que le gusta mirar por esta ventana del café:
no va a dejarme con la palabra en la boca, siendo gente de
buena educación:
no va a dejarme hablando solo.

Sin embargo, hay enigmas en todas partes: lo que se va y no
desaparece, lo que desaparece y sigue por aquí:
también los amigos tienen su enigma,
además del enigma mayor: que no haya nada que entender.

Estas cosas suceden según lo previsto, y no hablo de asuntos
pendientes o lo que sirva para teorizar: ninguna teoría
sino pura práctica: aquí estuvimos y seguimos con la lógica
confusa en la que suelo estar,
y no vengas con noticias raras:

decir que estoy hablando solo
es no saber nada de la conversación (p. 73).

El hablante lírico de *Los casos particulares* es, como el mundo que lo rodea en sus pequeñas y grandes cosas, trashumante: «yo voy del campo a la ciudad, de la ciudad al campo, / sabiendo que en los dos / hay un paréntesis al que tendré que volver» («*entre dos opciones*»), vv. 16-18, p. 46); «y sucede el desplazamiento: no hay retorno / ni ideas contrapuestas: la obligación de estar / definitivamente en tránsito» («*la lección del pato*»), vv. 7-9, p. 51). Sin lugar adonde ir o adonde volver, este hablante vive en la intemperie, como reza («*la apropiación*»):

Tarea del exiliado: no perder una tierra y en cambio ganas otra,
y cuando alguien pregunta quién
se ocupará de nosotros,
y no lo sabemos,
es que al fin hemos llegado (vv. 18-22, p. 41).

Pero no hay notas estridentes ni lamentaciones en este libro. De ritmo pausado, de cadencia larga y encabalgamientos personalísimos, el poemario adquiere un tono suave, de aplomo, sin pretensiones sentenciosas —«evitar la exageración como si estuvieras escribiendo un / poema: que no retumbe, que no sea enfático / para que las cosas se vuelvan auténticas», reza («*baño en el río*») (vv. 3-5, p. 52)—; el hablante solo está seguro de las incertezas que lo pueblan y de su necesidad, del valor de la duda, de la opinión, de la contracción y aun del fracaso. Porque se trata este libro de un balance haciéndose que escapa a lo cerrado y se abre a la posibilidad, al aprendizaje. Como ese camino en («*algo que se aprende*»), pieza que culmina el poemario:

El camino empieza aquí, donde yo estoy: un camino
adquiere importancia a fuerza de que se la demos: se impone
gracias a nosotros, hábiles en ganar sentido, en perderlo,
como ese blues improvisado que alguien llora a través del
parlante: puro camino
donde conviven emoción y muerte.

De un camino se aprende a caminar;
de la muerte, a no morir (p. 74).